

Muñeca mala

El día de su cumpleaños, cuando comenzó a decirme "cielo" supe que su muerte estaba muy cerca. Es posible que solamente lo intuyera o que me hubiera dado cuenta, de manera incierta todavía, la mañana que la vi demorarse minutos interminables, mientras se untaba el desodorante en las axilas sin rasurar. Tenía la mirada perdida en la bruma de una inicial demencia que se desarrollaba rápidamente desde la muerte del marido, ocurrida tan sólo unos meses atrás. Recordaba el incidente del desodorante muy bien, pero ése no fue el único que había llamado mi atención. Días antes, no pudo abrocharse los botones delanteros de la blusa. Esa vez la ayudé, en un acto mecánico, como solía hacer todo lo que se relacionaba con ella en los últimos tiempos. En ese momento pensé que sus manos, ya muy dañadas por la artritis, no eran capaces de manipular los botones pequeños y planos, pero después, me di cuenta, la oscuridad en que se había sumergido era algo que aparecía a cada rato, supe que los actos cotidianos cada vez serían para ella más difíciles de realizar hasta llegar a depender totalmente de los demás.

Mientras tanto, la llevé a vivir a mi casa. Me sentía atrapada porque no era por amor que había decidido cuidarla sino por un ineludible sentido del deber. Esa vertical concepción del deber que ella misma me había inculcado. Por eso, odié tanto que me llamara "cielo". Me repugnaba escuchar esa palabra en sus labios, en esta época de mi vida, cuando ya no significaba nada para mí. Ahora, cuando estaba segura de que la enfermedad mental la llevaba a hacer y decir cosas cada vez más alejadas, más desconectadas de la realidad.

Día a día se hundía en un territorio desconocido lleno de sombras, mientras crecían dentro de mí los más encontrados y confusos sentimientos. Recién llegada a la casa, cuando todavía podía caminar hasta el comedor, me sentaba frente a ella para darle de comer en la boca la escasa comida que aceptaba en lentas cucharadas. Era increíble cómo podía sentirla totalmente ajena a mí, como si fuera la primera vez que la miraba. "Gracias, cielo" me decía, sin reconocerme. A veces tenía ratos de lucidez durante los cuales yo volvía a percibir en sus ojos la misma lejanía, el mismo desamor, la misma indiferencia de siempre. ¡Dios! cuánto hubiera dado en el pasado por escuchar esa frase de su boca. Ahora ya no me importaba, aunque cada vez que ella la decía me sorprendía y me repugnaba. ¿Por qué, ahora —cuando yo sabía que estaba encerrada tras unos muros inexpugnables, que no eran más que las oscuras paredes de la enfermedad mental que la cercaban en un mundo ignorado— me llamaba con un nombre que hubiera querido tan intensamente escuchar en otras etapas de mi vida? Nada. Ya no podría hacer nada para resarcirme del pasado.

En esos días me había preocupado de contratar a otra empleada, una mujer que era a la vez enfermera y dama de compañía, para que estuviera solamente a su servicio. Pero ella no aceptaba ni un vaso de agua si no era yo la que se lo daba. De manera que en esos meses terribles tuve que bañarla, vestirla, darle de comer, llevarla al baño y como otra obligación esperar allí mismo en medio de olores repugnantes que invadían el ambiente, cosa que parecía complacerla intensamente. Resignada, la esperaba sentada en el borde de la bañera, hasta que terminaba de orinar o defecar, para limpiarla y para evitar que hiciera cualquier desastre como embarrar su propia mierda en la pared.

Pasaba horas enteras en su habitación, mientras ella dormía un sueño inquieto, con el ceño fruncido. A cada momento abandonaba el libro que estaba leyendo para verla dormir, porque me intrigaban las arrugas que se le hacían en la frente, como si sufriera, como si algo la perturbara y no la dejara descansar en paz. Nunca antes había visto dormir a alguien con esa cara de tormento, con esa angustia reflejada en el rostro dormido. Parecía sumergida en pensamientos que le traían preocupaciones, problemas sin resolver, acaso recuerdos de su propia vida que se acababa. ¿Qué la atormentaba tanto? No era dolor, lo sabía muy bien, porque el médico me había asegurado que no existía razón alguna

para que tuviera dolores. Las drogas que le daban eran poderosas. ¿Por qué, me preguntaba entonces, ese desasosiego? Me impresionaba mucho verla, porque no podía evitar mis propios recuerdos. Cuando veía sus manos de largos dedos que ya no usaban ninguna joya descansando sobre la blancura de las sábanas, pensaba en las innumerables veces que se alzaron sin piedad para castigarme. Casi siempre era la mano sola, abierta, rápida para el bofetón en plena cara o en la boca que me sangraba fácilmente, sin que le importara que alguien presenciara semejante crueldad. Otras veces la correa de cuero prolongaba aquellas manos. Ahora las veía envejecidas y sarmentosas reposar sobre la tela de las ropas de cama, exangües, como si fueran dos aves muertas en una playa desierta. Sus bellas manos eran rápidas, mi padre las admiraba por su apariencia de "lirio desmayado". Podía lanzarme lo que tuviera cerca, una plancha caliente, por ejemplo, que después de quemar sin remedio la blusa que llevaba puesta me dejó una honda cicatriz en la espalda.

Enroscada en la única silla de aquella habitación, hacía a un lado el libro que leía, lo olvidaba, lo ignoraba, para dedicarme a contemplar a la muñeca mala que no hacía un solo movimiento. No lograba cambiar de posición mientras esperaba la muerte, acostada boca arriba a lo largo de la cama como si fuera un Cristo yacente. Parecía desamparada y sin embargo algo temible se desprendía aún de aquel cuerpo vencido.

Ahora podía contemplarla a mi antojo, sin sentir sobre mí su mirada siempre acusadora, glacial. Veía su rostro de líneas clásicas, impecables, cuya belleza no había logrado destruir la vejez y pensaba en su inmenso gusto por hacer sufrir a los demás. El placer de lastimar se le escapaba casi sin darse cuenta. Sabía herir con las palabras y también con sus acciones. Después de alguna de las heridas que solía causar, no le dirigía la palabra al marido o a uno de los hijos durante días enteros o semanas. En esas temporadas en que su silencio era como un zarpazo, me desgarraba por dentro, sentía una gran soledad, un abandono total que me dolía más que sus hirientes palabras. Me parecía que cuando ella callaba estaba ocultando insultos más terribles aún. Ese imaginar me empujaba hacia lo más oscuro del dolor. Por eso empecé a creer que era mejor morir. Pero ¿cómo hacer para lograrlo? Apenas tenía catorce años. Mi padre nunca había llevado un arma a la casa; no sabía una sola palabra sobre venenos. En medio de esos sombríos pensamientos, la oportunidad se presentó antes de lo que podía imaginar.

Comencé a trabajar por las tardes como dependienta en una farmacia, porque ella decidió que tenía mucho tiempo libre después del colegio. No sabía nada de ese oficio. Don Miguelito, el dueño, siempre estaba allí con su bata blanca y sus anteojos redondos. Era amable, excesivamente viejo y tenía una paciencia bíblica, que por cierto, le sirvió para irme enseñando poco a poco a encontrar en los anaqueles lo que pedían los clientes. A pesar de los complicados garabatos escritos por los médicos en las recetas, pronto identifiqué lo que compraba una señora francesa, muy rara. Cada vez que entraba al lugar, la gente la volteaba a ver porque parecía una actriz decadente, con su maquillaje teatral, las uñas pintadas color "sangre de pichón", casi negras, y el cabello escaso y rizado de un rojo borgoña insolente. En realidad, lo que la francesa llegaba a comprar una vez por semana eran barbitúricos, poderosas cápsulas para dormir. Pronto las empecé a robar de una en una.

Mi hermana pequeña, además de su mezquindad, tenía el hábito de registrar mis cosas para correr a denunciarme con la muñeca mala cada vez que encontraba algo "sospechoso". Necesitaba un buen escondite. Abrí un pequeño agujero, casi imposible de detectar, en el dobladillo de uno de mis vestidos que usaba sólo de vez en cuando y allí fui metiendo las cápsulas. Junté diez.

No sabía exactamente cómo y cuándo las tomaría, pero un día las llevé al colegio. Hacía dos semanas que había dejado de trabajar en la farmacia del bondadoso don Miguelito, también por capricho de quien yo había empezado a llamar la muñeca mala. Junto con Pablo y otra pareja de amigos, decidimos ir a la cafetería cercana al colegio después de clases. Cuando entramos, a pesar de que me sentía muy

triste, no podía dejar de poner atención a la canción de moda: una plegaria a Venus, la diosa del amor, que se escuchaba a todo volumen en aquel ambiente cerrado. Mis tres acompañantes conversaban entusiasmados sobre el Etanol, nuestro equipo de voleibol que acababa de ganar el campeonato escolar en la mañana deportiva del sábado anterior. La canción se terminó y mi congoja crecía. Con el entusiasmo de la plática, nadie reparó en que yo estaba más callada que nunca, así que decidí interrumpirlos. Bruscamente, les mostré las cápsulas de un gris opaco y un intenso color corinto, que formaban un montoncito extraño en la palma de mi mano. Sin decir una palabra más, me metí el puñado en la boca y di grandes tragos a la limonada que estaba sobre la mesa aún sin tocar. Los tres me observaron por unos segundos, sin comprender. Vi sus caras largas y sentí caer sobre mí su grave silencio. Habían pasado unos pocos minutos y ya me había arrepentido. Angustiada, comencé a llorar. Sentía pánico de morir, pero Juan Pablo, Rolando y la Tere ya se habían puesto de pie, muy asustados por lo que acababa de hacer. El vaso con agua caliente que pidieron apresuradamente, me pareció más grande, mientras le echaban enormes cucharadas de sal. Ahora los tres hablaban a la vez mientras yo, muy obediente, bebía la mitad de aquel brebaje, pues ya no quería morir. Luego me llevaron hasta el baño y entre los dos muchachos me obligaron a arrodillarme frente a la taza del inodoro. Cuando levantaron la tapadera pude ver que tenía manchas de un sospechoso color café. Pablo, mi novio desde hacía un año, me sostenía la cabeza mientras Rolando me apretaba el estómago abrazándome desde atrás, él también arrodillado, sus brazos apretándome, apretándome. La Tere se había quedado en la puerta, llorando. Aquel lugar diminuto y un poco oscuro en el que apenas cabíamos los tres, olía horrible, el intenso sabor salado me inundaba por dentro y comencé a vomitar un líquido amargo como la hiel. Cuando salimos de allí –Rolando y Pablo tomándome de cada brazo, casi cargada– las piernas se me doblaban, no lograba ver ni escuchaba claramente, y una sed abrasadora me subía desde el vientre hasta las sienes.

Al despertar en el hospital la tarde del día siguiente, no recordaba nada. Al primero que vi fue a Pablo, que además era el único que estaba allí, sentado frente a mí. Me contó que me habían llevado a casa en el auto de uno de los maestros que casualmente se encontraba en la misma cafetería. Mis padres se habían negado al principio a llevarme a un hospital o a llamar un médico, aduciendo que pronto estaría bien. Pero ante la insistencia de mis amigos, que les explicaron la cantidad de cápsulas que había tragado, y al ver que deliraba en medio de una fiebre altísima, por fin me llevaron al hospital, donde me hicieron un lavado de estómago. Regresé a casa esa noche, sintiéndome muy débil y también avergonzada. No quería ver a nadie pero llegaron los familiares más variopintos, para darme las grandes reprimendas, aunque nadie fue capaz de preguntarme por qué. La muñeca mala me llevó esa misma semana a su ginecólogo para que me hiciera un examen y así asegurarse de que seguía siendo virgen. Hasta le pidió un certificado donde hiciera constar que yo tenía el himen intacto. Eso era todo lo que le importaba, y su total indiferencia le impedía pensar que pudiera tener otro motivo para quitarme la vida.

Después del intento de suicidio, el desamor continuó colándose por todas las rendijas de mi vida. Juan Pablo terminó nuestra relación. Asustados, Rolando y la Tere no volvieron a invitarme a salir. Todo el colegio se enteró de lo que había pasado y en el periódico mensual se burlaban de mí. La muñeca mala me ignoró durante largo tiempo.

Ahora, sentada frente a ella, que día a día continuaba deteriorándose en el sueño, insistía en decirme a mí misma que todo aquello pertenecía al pasado. Sin embargo en las noches en que me tocó velarla fue inevitable recordar. Las horas se alargaban en el silencio, y muchas veces estábamos sólo ella y yo. Una de esas noches en que la enfermera se había ido ya, tuve que cambiarle el pañal. Le abrí las piernas y comencé a limpiarla con cuidado. Pude ver entonces que lo que había sido alguna vez una mata de vello negro que se notaba a través del traje de baño cuando íbamos a nadar, se reducía ahora a unos cuantos pelos ralos y lacios, canosos. Abajo del pronunciado hueso púbico la vulva había perdido

su textura acolchonada y mostraba el inicio de un agujero negro y profundo como la boca de un túnel. Ese mismo túnel por el que nos había expulsado a mis hermanos y a mí, como si se tratara de un rumor, una masa de carne, algo que la incomodaba por dentro. Me horrorizaba ver esa caverna horrenda, ese lugar secreto por donde nos había desterrado para siempre de sí misma, una tenebrosa herida, abierta entre sus piernas, a través de la cual nos había separado, nos había arrojado lejos de ella. Lejos de su calor y su amor.

Con inmenso disgusto me apresuré a terminar aquella ingrata tarea. Pero después, a la mañana siguiente, mientras la peinaba y veía su cara preciosa, de la que estaba tan orgullosa, no podía olvidar lo que había visto por primera vez: el pasaje oscuro por el que hacía muchos años me había lanzado a la vida, lo que desde niña tanto me pesó.

Con la sola excepción de mi hermano mayor, la muñeca mala nos tuvo a los demás por ese rectilíneo, estricto sentido del deber que rigió su vida. Nunca nos amó, y desde chicos nos hizo saber que nos había parido porque era imposible para ella la sola idea de abortar.

Fueron muchas, y largas, y lentas, las horas que pasé viéndola dormir un sueño intranquilo, inducido por los médicos después de diagnosticarle una depresión profunda. Me atormentaba una y otra vez reviviendo el pasado. A veces las horas se me hacían tan tristes y eternas como las del funeral de mi hermano mayor, hacía tres años ya. Sólo esa vez la vi llorar, pues a él fue el único que amó y su muerte seguramente la devastó. De nuevo velando su sueño, sentada frente a ella bajo la tenue luz de una lámpara, vuelvo a ver la escena del hospital, el médico informándola de que mi hermano acababa de morir, su hermoso rostro lívido por el dolor volteándose hacia mí con una mirada en la que pude leer lo que sentía en esos momentos, ¿Por qué? ¿Por qué no fuiste tú?

Hace meses que duerme por fin. Descansa ya también su gozo peculiar de herir sin piedad. Pero cada día, cuando me veo al espejo, pienso en ella. Pues de la muñeca mala, que fue mi madre, heredé el color azul de sus ojos, aunque no la crueldad.

El encuentro

En su niñez no hubo un jardín con una fuente y árboles bien cuidados, como ella le contaría –ya adolescente– en una larga carta escrita desde el internado, a María Elisa. En cambio, existió una banca de tablas delgadas pintada de un horrible color amarillo limón. Una tarde entera se sentó en este lugar a esperar a alguien, junto a una gorda mujer llamada Berta que usaba un peinado extraño, con la gran masa de cabello negro recogida en una gruesa trenza alrededor de la cabeza.

Para la niña la espera no fue difícil, hasta fue un poco divertida. A sus seis años, ya había aprendido a estarse quieta durante largo rato observando lo que pasaba a su alrededor. Sentada en la banca del lugar, podía ver desde adentro el ajetreo de la calle donde no había un solo árbol, pero sí muchos automóviles. Algunas personas muy serias y afanadas, caminaban sobre las aceras, preocupadas por llegar pronto a algún lugar. Le habían enseñado a estarse quieta y también a permanecer en silencio. Enseñanzas terribles acompañadas de muchos golpes y castigos. No era del todo malo y ya se había convertido en costumbre; además, eso le permitía observar a sus anchas el entorno donde se encontrara. La gente mayor se mostraba encantada con una niña tan tranquila, tan bien portada y educada, decían sonrientes asintiendo con la cabeza. Así había vivido hasta ahora, volcada hacia sí misma, huraña, los grandes ojos oscuros opacados por un dejo de tristeza tan honda que a veces llegaba a ocultar la inteligencia de su mirada. Se sentía un poco molesta por no saber a quién estaban esperando. Berta no le había dicho una sola palabra desde que salieron de la casa, sumergida en un silencio que ocultaba su naturaleza simple de gente del campo.

Sentada muy quieta y callada en la banca del rincón, la niña se entretenía leyendo en voz baja los nombres extraños de los frascos –Sangre de Drago, Cañafistula, melissa officinalis, lavandula vera– todos idénticos en tamaño, en el color blanco plomizo, alineados en los altos estantes del lugar. Le parecía una tienda muy grande. Un olor peculiar parecía flotar todo el tiempo en el ambiente; no terminaba de reconocerlo, era más bien amargo y medicinal, un olor insistente que se le prendía a la nariz y saturaba sus pulmones, mezclándose en alguna forma con sus recuerdos de las largas noches ahogándose por el asma, exhausta por el simple y único esfuerzo de respirar. Pero aquí, en este momento, ignoraba que en el futuro cada vez que enfrentara alguna situación conflictiva o dolorosa, ese mismo olor acudiría a su olfato –intacto, único, perceptible con la misma intensidad de hoy– como si lo llamara desde el fondo más oscuro de su memoria.

La espera era larga. La niña, impaciente, se ponía de pie a cada momento para dar pequeños saltos frente a los mostradores de vidrios rayados por el uso. Curiosa, se acercaba a una de las tres grandes puertas abiertas a la calle. Por ratos, giraba sobre sí misma como un trompo, hasta marearse, para admirar las ondas formadas por el vuelo de su vestido rojo y verde de cuadros escoceses. ¡Ah! Eso era algo que la intrigaba: ¿por qué su madre le había puesto aquella tarde el vestido más bonito? No lo sabía, como tampoco sabía qué estaban haciendo allí, en ese lugar que no era una tienda grande sino una farmacia, como le acababa de aclarar la inmensa Berta.

Había transcurrido lo que parecía una eternidad desde que se sentaron en la misma banca. El sol de la tarde se había tornado aún más apacible, proyectando sombras menos fuertes sobre las paredes y el piso. El bonito vestido se había ajado y su cabello empezaba a soltar la habitual rebeldía de apretados rizos, que se liberaban de lazos y ganchos para volverse una larga cascada del color del trigo.

Berta cabeceaba intentando en vano mantenerse despierta. Parecía más gorda que nunca en medio de sus desparramadas carnes. Sentada con las piernas abiertas, mostraba sus ingratas várices bajando como ríos azulados hasta los tobillos hinchados. Más abajo se abultaban también en los pies metidos a la fuerza dentro de los zapatos que sólo usaba para las grandes ocasiones. De pronto la tarde se había

vuelto aburrida. La niña, cansada de la inútil espera, fue a ovillarse junto a la mujer medio dormida pues en alguna forma su tremendo aspecto de oscuro ídolo le infundía cierta confianza. Tal vez porque desde que tenía memoria, desde que Berta llegó a trabajar a su casa –llevando por todo equipaje una caja de cartón atada con lazos– se había ocupado de cuidarla, aunque habría que reconocer que no con mucho esmero. De todas maneras, la sirvienta, cuyo vestido dominguero de grandes flores moradas y rojas apenas la cubría y que ahora mismo tenía la cabeza recostada contra la pared, como si le pesara demasiado, era por el momento su único vínculo con un mundo tan diferente. Nunca antes había visto una farmacia por dentro con todas esas cajas, cajitas y frascos, que le provocaban unas ganas enormes de abrirlas para ver su contenido. También era una novedad para ella ver a los empleados usando batas blancas y con el mismo aire indiferente de su doctor.

Berta dormitaba, ni el bullicio de la calle, ni el entrar y salir de los clientes, ni las conversaciones en voz alta, interrumpían su suave ronroneo de gata bien comida y satisfecha abandonada a un sueño un poco impúdico. La despertó la llegada de un hombre precedido por un vago olor a lavanda. Entró por una de las puertas laterales y se acercó decididamente a ellas. Los pechos enormes de Berta, pesados como yunques, y sus abundantes carnes morenas parecieron temblar y hacer un gran esfuerzo para juntarse. Con brusquedad se levantó aún adormilada y empezó una conversación con el recién llegado. Agitada, adornaba la plática con sus habituales gestos y ademanes haciendo brillar sus muchos anillos de oro falso. Exhibía su boca desdentada, mientras le explicaba al desconocido algo que la niña no alcanzó a escuchar. El hombre, cuyo traje oscuro le daba un aire triste y melancólico, se quitó el sombrero –el ala ligeramente inclinada sobre el lado derecho de la frente– y lo puso con cuidado sobre la misma banca donde habían estado sentadas toda la tarde. Se inclinó hacia la niña y durante unos instantes sus ojos se posaron insistentes en los de ella, como deseando retenerla para siempre en su memoria. La niña se sintió inundada por una ola de terror. Un intenso deseo de salir corriendo recorrió su pequeño cuerpo. Se quedó, sin embargo, como si se hubiera vuelto de piedra, sin poder moverse, aterrada y sin llegar a comprender la situación, presintiendo que ya nada sería igual para ella después de este encuentro. Por fin, el hombre la tomó suavemente por la barbilla con una de sus manos y le dijo al oído, casi delectándose como para hacerse entender mejor, las palabras más desconcertantes que ella había escuchado hasta ahora: "cuando naciste había arco iris, por eso te puse Iris".

Jamás volvería a ver al hombre del traje oscuro, aunque alguna vez recibiría sus regalos y sus cartas. Tiempo después, recordaría con la más absoluta fidelidad todos los detalles de esa tarde que la marcó para siempre.

Y, cuando ya adolescente, le cuente a María Elisa en una larga carta una versión diferente del día en que conoció a su padre, también omitirá decirle que nunca olvidará su mirada melancólica y su leve, impreciso olor a lavanda.

Arcadia

Imposible calcularle la edad. Era ya vieja cuando me crió.

Usaba el traje de su pueblo, con la falda no muy larga, pero a pesar de eso y de que vivió con nosotros muchos años, siempre me intrigó saber cómo serían sus pies. Arcadia, la Caya, como la llamábamos, jamás anduvo descalza, ni usó sandalias o caites; sus zapatos parecían de hombre, cerrados, bajos, amarrados, de invariable color negro o café. Solía llevar también gruesas medias de algodón de un color carmelita; nadie podía siquiera imaginar hasta dónde le llegaban. Aunque era simple y no muy lista —o tal vez por eso— su vida estuvo rodeada del misterio más grande. No supimos nunca de dónde venía ni tampoco si alguna vez había tenido familia. En todo caso daba la impresión de que nosotros éramos todo cuanto tenía.

En los corredores del caserón inmenso donde vivíamos, su menuda figura de trenzas hasta la cintura se miraba aún más disminuida. A pesar de eso, yo le tenía pavor porque era muy severa conmigo. En realidad, era cruel. Sus agresiones silenciosas, no dejaban huella.

A los ocho años es difícil abandonar un hábito que da cierto consuelo. Para mí era chuparme el pulgar de la mano derecha, que se veía un poco aplastado, a pesar de los golpes y lo amargo de la quinina en polvo puesta por mi madre en el dedo mañana, tarde y noche. Con gran inspiración la Caya mejoró el método untándome chile molido en el pulgar deforme, mojado antes en aceite de cocina o de oliva. Desde su boca, en la que ya sólo habían algunos dientes, salía una lista diaria de quejas sobre mi comportamiento, la cual mi madre escuchaba con muy poca paciencia. La Caya daba la vida por mi hermana menor. Desde la estrechez de su vida y su mundo, y lo penoso de su fealdad, encontró en mi hermana a quien darle todo el amor que la vida le había negado. Celina, además de ser la más pequeña, era bella como una virgen de retablo español; por eso nuestra nana la quiso con una dedicación sólo depositada antes a los pies de los santos, que por cierto, visitaba con frecuencia. Iglesias a más no poder, la Caya no dejaba de celebrar cuanta fiesta religiosa había: la Semana Santa con la obligada visita del Jueves Santo a los siete sagrarios, los ayunos y el lento peregrinar detrás de las procesiones. Los Corpus, el día de los Santos, de los difuntos, las posadas ... No había fecha que dejara escapar sin sus respectivas candelas, veladoras, inciensos y rezos. Lo único bueno era que en esas grandes ocasiones solía cocinar deliciosos platos. Trabajaba tardes enteras en la preparación de bacalaos a la vizcaína, torrejas rellenas de ciruelas con su punto de rosicler, o fiambres primaverales, garbanzos con tocino y cuanto plato de la cocina tradicional se pueda uno imaginar.

El tiempo de la nana se dividía entre el cuidado de nosotros, los tres críos, y el fogón de la cocina inmensa, donde oficiaba con el secreto de una gran sacerdotisa. De sus manos morenas salían a diario todas esas comidas rebosantes de especias y condimentos que sólo ella conocía, trituradas en su enorme piedra de moler, de un negro grisáceo, que siempre vi amenazadora en un rincón de la cocina. La tal piedra de moler me parecía, en cierta forma, como una prolongación de la nana bajita y fea, que solía llamarme bastarda, mientras me sacaba a coscorrónes de la cocina. A veces me escondía bajo la mesa no muy grande donde comía la servidumbre, compuesta por dos criadas y un jardinero. Era la misma mesa, de madera maciza y muy vieja, donde me acostaron alguna vez para que mi madre me hiciera tragar un repugnante aceite de ricino para arreglar mi estómago. La nana me agarraba las piernas, mientras la otra criada me tenía los brazos estirados arriba de la cabeza. Mi madre me apretaba con fuerza la nariz con dos dedos. Así, en el momento en que intentara respirar por la boca, ella podría darme cucharadas del horrible purgante. Lo único que yo podía mover era la cabeza y lo hacía, con desesperación, en medio de un llanto a gritos, con la cara y el pelo ya pegajosos por el aceite de ricino que se había deslizado desde mi boca hasta las sienes.

En ese tiempo ignoraba el significado de la palabra bastarda, aunque reconocía la ira y el desprecio al decírmela. Mis dos hermanos pequeños pronto aprendieron a repetirla, en voz baja, como me la decía la Caya y algunos parientes. Lo que puedo asegurar es que la bastarda muchas noches se dormía llorando.

Pasaron los años y un buen día, así como había venido, la Caya se fue. Luego nos mudamos a otra casa. Seguí creciendo con una tristeza que se acumulaba cada día. Para ese entonces ya comprendía la palabra bastarda y también la razón por la que la nana siempre me la dijo. También nosotros, los hijos, nos fuimos. Extraño como parece, el amor y la devoción de esa mujer por la niña que había sido mi hermana Celina, nunca disminuyó. Cada cierto tiempo se aparecía en la casa de mi madre, envuelta en su eterno manto de seda negra, su único lujo, para hacer visitas de .un día entero llevando en un canastillo alguna delicia hecha por ella, como higos en miel. En esas ocasiones, se ponía a trabajar en la cocina junto a las nuevas criadas, siempre rezongando o hablando entre dientes en su propio idioma, como era su costumbre.

Nunca sabré a cabalidad quién fue aquel ser que dejó un sabor tan amargo en mi vida. Jamás llegaré a comprender su odio de mujer estéril que la llevó a apodarme "la bastarda".

Mis hijos eran aún muy chicos cuando Arcadia murió, tan pobre en la muerte como lo había sido en vida. Mi marido pagó su funeral.

Una vida común

Cuando tenía nueve años y había ahogado a todas sus muñecas en la inmensa pila del segundo patio de la vieja casona, María Julia se convenció de que la maldad ciertamente anidaba en su corazón. Tal vez había empezado a creerlo después de escuchar a su madre, plantada en medio del patio, cuando le gritó llena de ira que el mal se le había enroscado como una serpiente en el pecho. Así había repetido por enésima vez –después de la acostumbrada paliza– cuando vio los pedazos de muñecas con sus caras de pasta o de trapo deshechas flotando en el agua, antes de hundirse, junto a los ojos de vidrio azul que después se transparentaban en el fondo.

Pero si aquella vez María Julia aún se atrevió a dudar de las palabras de su madre, en el colegio las monjas se encargarían de recordárselo día tras día. Ahí sufrió largos años en un mundo tan sombrío como el ambiente de la capilla. Cuando se dieron cuenta de que María Julia siempre llevaba consigo algún libro, las monjas le prohibieron leer, al igual que lo hizo su madre. Dijeron que no era necesario leer más que los libros del colegio, en ellos aprendería todo lo que tenía que saber.

Durante el día, las monjas rezaban o regañaban, o tal vez, graznaban. Las letanías –mater purissima, mater admirabilis, rosa mystica, virgo clemens...–, los sonidos que salían de aquel ejército de pajarracos de ojillos vivos y penetrantes, mujerucas vestidas de negro de pies a cabeza, sonaban todos idénticos a sus oídos mientras ella poco a poco se volvía más huraña.

Los días se sucedían unos a otros agobiantes, desdichados, con sus rezos ofrecidos en eterna penitencia por los pecados cometidos y por los bienaventurados, y los pobres, y los humildes de corazón. Al finalizar la semana tan llena de santidad, llegaba el sábado. Este día la llenaba de temor. Algún cura de calva incipiente o rotunda la esperaría en la sacristía para que confesara los pecados cometidos. La vida llena de frustraciones transcurría entre aquellas mujerucas tragasantos que llevaban eternamente un crucifijo colgando de la cadena tosca, en medio de los pechos estériles. Por las noches, ya metida en la cama, María Julia era arrastrada por la angustia de la culpa y se hacía mil propósitos de enmienda aunque no llegara a entender de qué se le acusaba. Era de rigor que después se dedicara a pensar en algo que alegrara su pequeña vida.

El invierno era su época favorita. Por las tardes, cuando regresaba del colegio, corría bajo la lluvia con los cuadernos protegidos bajo el suéter que siempre le compraron muy grande. Pero lo que realmente le gustaba era llegar empapada a la casa, porque sabía que siempre la esperaban una toalla y ropas secas, una taza de leche tibia y su cama, que era a la vez su refugio. En esos días lluviosos todo le parecía más reconfortante, en un mundo construido con las pequeñas cosas cotidianas que ofrecían consuelo a su tristeza, a su soledad, ese animal de dos cabezas siempre a la par de ella con el cuello estirado como si se preparara a morderla, como si estuviera listo a atacarla. Pero de pronto ese mundo tibio que crecía en su imaginación se desmoronaba, se deshacía al igual que sus muñecas al caer al agua, cuando su madre entraba a la habitación. A punto de dormirse, cuando oía que la puerta se abría para que ella entrara a estirar las ropas de la cama, porque amaba el orden sobre todas las cosas, adivinaba también su gesto mecánico al inclinarse para persignarla en silencio, seria, distante, cumpliendo un deber. Con los ojos cerrados, María Julia retenía la respiración fingiendo dormir, aborreciendo su inagotable amor, esperando en silencio, en vano, el beso que ella nunca le dio.

El hospital

No estaba buscando este lugar, llegué por equivocación.

Por un momento creí que era una pesadilla de ésas que suelen atormentarme cada cierto tiempo. Pero no, era absolutamente real. La escena era increíble. Al entrar a la enorme habitación sentí que todas me miraban; algunas, con su único ojo, estático y vidrioso. La sensación de ser observada crecía a cada instante hasta hacerse casi intolerable mientras caminaba frente a aquella multitud de cuerpos mutilados. Yo no deseaba verlas. Eran tan horribles, tan tristes, tan grotescas, su aspecto me causaba una repulsión inevitable.

Una lámpara colgaba del techo alumbrando el lugar. Despedía una luz muy pobre y caía directamente sobre el centro, dejando los rincones más apartados en una semioscuridad que dificultaba contemplarlas en todos sus detalles. Algunas estaban sentadas y otras de pie, aunque a dos de ellas les faltaba una pierna. Ambas se encontraban recostadas contra la pared para ayudarse a estar erguidas, haciendo más patética la escena. Casi todas estaban medio desnudas, otras cubrían sus cuerpos con ropas muy viejas, descoloridas y desgastadas por el uso. No sólo me aterraban las horrendas mutilaciones de pies, de brazos o piernas, por su aspecto repugnante. Los rostros me daban miedo por las sonrisas congeladas, eternas. No huí ante aquel espectáculo y no me explico la razón.

Por el contrario, una fuerza extraña me retenía allí y me obligaba a imaginarlas cuando aún eran bellas, de ojos oscuros o claros, los labios rojos, las cabelleras negras o rubias, abundantes, hermosas. Era cruel verlas ahora: los cabellos escasos, despeinados, enmarañados; las mejillas pálidas y sucias; los labios, descoloridos. Era difícil estar parada en medio de aquel cuarto dantesco, rodeada por todas ellas, contemplándome en silencio. Era un silencio triste y ominoso, sin un leve murmullo, como si les hubieran cortado las cuerdas vocales. Ahora todas habían enmudecido, aunque alguna vez habían llorado o hablado con sus voces infantiles. Sobre la enorme habitación caía un silencio denso y frío como una cortina de lluvia.

Busqué la salida, dirigiendo un último, rápido vistazo a las imágenes que me obsesionaban. Debí haber huido antes. Salí por fin. Al cerrar la puerta volteé a ver el letrero colocado encima del dintel; escrito con letra roja se leía "Hospital" y, más abajo, con letra pequeña y descuidada decía "Se reparan muñecas".

De ángeles y hermanos

Quién inventaría los espejos, se pregunta Elena sin mucho interés, mientras pide otra copa y se queda viendo el espejo de la barra que está manchado por el tiempo. Visto desde lejos parece fragmentado. La voz de Billie Holiday, esa voz única que la ginebra no logró arruinar, es un lamento hondo y sensual a sus oídos que le trae de alguna forma el recuerdo inevitable de los hombres que amó. Amores que fueron aves de paso en su vida y son apenas un recuerdo vago y lejano que la llenan de hastío. Bebe un largo sorbo de la copa que le acaban de traer, y luego gira levemente sobre el banco en el que está sentada para dar un vistazo indiferente a las escasas parejas que, muy juntas, bailan apretándose y besándose en la pequeña pista. Bailar es como hacer el amor de pie, le dijo alguien algún día y hoy vuelve a comprobarlo. En la semioscuridad de aquel lugar al que ha ido a refugiarse noche tras noche durante la última semana percibe en ráfagas la pasión, el instinto de los cuerpos que se mezclan en intensos abrazos carentes de ternura. Piensa con desgano que de nuevo está metida en un ambiente de vagina: oscuro, húmedo y caliente. Así había descrito al Shangai en una ya lejana madrugada la enigmática Sofía, y ella había pensado, desde entonces, que a la mayoría de los bares les queda bien la comparación, no sólo a aquel Shangai decadente. Aún recuerda cuánto gozó la pequeña Sofía siendo el centro de la atracción, cuando ya instalada en el Shangai comenzó a contar sus historias —con la voz ronca, aguardentosa, que parecía darle un atractivo más— sobre su eterna búsqueda de nuevas combinaciones de tragos, de cocteles novedosos, a los cuales por supuesto, se aficionaba de inmediato. Una noche Sofía había bebido más que nunca, con deleite, saboreando la bebida mientras entre sorbo y sorbo mostraba a través de la blusa entreabierta sus magníficos pechos. Esa fue la misma noche en que Elena la conoció. Al amanecer ya la joven había decidido que su trago favorito era el stinger, una mezcla de menta blanca y coñac que le ponía unas borracheras bárbaras.

Esta es la sexta noche, después de varios meses de no probar una gota de alcohol, en que Elena ha regresado al mismo bar que alguna vez fue su refugio —su madriguera, aseguraba ella riendo— para beber el stinger poderoso. De vez en cuando observa detenidamente, como si fuera la primera vez, el hermoso color del trago, que desde la ancha copa que tiene en la mano brilla con destellos de un ámbar intenso. Fascinada, siente que la ha atrapado su sabor dulzón que baja como fuego derretido, como lava ardiente, hacia su estómago, enviándole sucesivas oleadas de calor a todo el cuerpo, estimulándola, para luego relajarla con el inicio de una prometedor embriaguez. Estoy nostálgica, se dice, y bebe el resto de la copa sintiendo que el stinger es un aguijón. Las escasas parejas que bailaban en la pista han desaparecido repentinamente en la oscuridad y ella se siente abrumada por el temor, tan conocido, de una depresión que ya se anuncia insidiosa y subterránea. Por un momento, Elena casi puede palpar su propio miedo, esa sensación primitiva e instintiva que sintió desde el momento en que sus ojos se fijaron en un desconocido que bebía solitario en una de las mesas. Apenas reparó en él un momento, suficiente para registrar su imagen. Aquel hombre de pelo entrecano le pareció conocido, pero luego desechó la idea cuando lo vio levantarse para ir al baño y se dio cuenta de que cojeaba ligeramente.

Esa misma noche Elena se soñó en la vasta sala de la casa de su madre. Fue un sueño confuso, largo, disperso. A la mañana siguiente ya muy entrado el sol, cuando un insoportable dolor de cabeza la despertó, lo único que pudo recordar con nitidez de aquel sueño que se enredaba como si fuera una madeja de lana, fue haber visto la fotografía de ella y sus hermanos —la que siempre estuvo en la misma mesa redonda y baja, que tenía un tapete que colgaba hasta el suelo— disfrazados de ángeles con los cuerpos entrelazados, los más chicos sostenidos en brazos por los más grandes. Seis niños blancos y rubios con algo de la morbidez que tiene siempre una mujer desnuda. ¿Niños, niñas? Era difícil saberlo entre tantas alas, entre tantos torsos desnudos, entre tantos brazos y piernas que se mezclaban enredándose en medio de suaves redondeces y rizos dorados. Sin embargo, en su intento de recordar el sueño hay algo indefinible, como una prolongación de las imágenes, que la inquieta, la

perturba, la angustia. Los recuerdos se resisten a venir fácilmente. La imagen del desconocido que vio anoche en el bar se interpone por un segundo. ¿Cuál de los ángeles fue? No. ¿Cuál de los hermanos? El dolor de cabeza es tan insoportable como lo es su deseo de recordar. De pronto el sueño comienza a aclararse y Elena logra ver con claridad. Vuelve a sentir el mismo miedo que sintió de niña, causado por la incertidumbre, por no llegar a comprender a cabalidad en medio de su inocencia infantil y sin embargo intuir el mal oculto.

Ahora sabe lo que quiso saber siempre, fue el mayor. El que no está en la foto —piensa— el que le llevaba quince años de diferencia. Ahora, repentinamente se da cuenta de que el desconocido del bar se parece a su hermano mayor: la misma altura y corpulencia, idéntico el descaro con que miraba, la misma media sonrisa cínica. Por eso lo estuvo observando con disimulo, tratando de que él no la viera, por eso le viene a la mente su imagen que le trae esta angustia incomprensible. Vuelve a inundarla el olor penetrante de las flores blancas que se marchitaban aquella lejana tarde en un jarrón. Elena ve de nuevo la habitación en penumbra y el miembro erecto de su hermano, que entonces, a sus nueve años, le pareció enorme. Ahora, por fin, lo sabe con certeza.

Paulina

La encontré pálida y diminuta, casi oculta entre las sábanas de la cama del hospital a donde la habían llevado después de haber intentado suicidarse. Volvía a la vida sin deseo y con un profundo hastío reflejado hasta en la forma de encender los delgados cigarrillos enrollados por ella misma. Tenía poco tiempo de conocerla, tal vez un año, pero algo en sus claros ojos me conmovía y me impulsaba a verla con frecuencia. Fue por esa razón que, a pesar de mi aversión a los hospitales, me obligué a visitarla diariamente en las siguientes semanas. Cada día atravesaba los pasillos, que me parecían interminables, complaciéndome en imaginar la tela del camisón cubriendo ligeramente su piel y los ojos de mirada infantil que me veían con su habitual tristeza.

Contemplar a Paulina, sus diferentes actitudes, sus mínimas cosas, se había convertido en una especie de juego. Eso me permitía ignorar el gris tan deprimente del hospital con las inevitables puertas que interrumpían, de trecho en trecho, la monotonía de las paredes. Caminaba, casi corría sobre las alfombras de plástico, mientras observaba a los médicos, enfermeras y a los visitantes, cuyos rostros indiferentes me parecían iguales. A veces el olor del hospital era más intenso y penetraba hasta el último rincón de mis pulmones. Sin embargo, mientras llegaba hasta la habitación de Paulina, disfrutaba el anticipado deleite de su sonrisa ante mis regalos. Eran amapolas robadas en un parque cercano a la casa o pequeños libros de poesía. Otras, eran fragmentos de obsidiana o dibujos realizados deprisa mientras comía en un café. Cualquier cosa era útil en mi afán de alegrar a mi amiga, siempre triste. Deseaba interrumpir en alguna forma sus prolongados silencios, esos momentos en los que parecía ausentarse, cuando se dedicaba a mirar obstinada por la ventana hacia los jardines todavía húmedos por el rocío de la madrugada.

Poco a poco las palabras fueron adquiriendo una nueva, cálida vida, a través de las confidencias. ¡Hablamos tanto en esas largas horas de convalecencia! Yo solía tomar sus manos, mientras ella vagaba por los oscuros y estrechos corredores de su niñez o se sumergía en añoranzas de una loca adolescencia para mostrarme al final, hasta el fondo, su alma atormentada. Quería aferrarse a la vida titilante como una débil llama a punto de apagarse.

Los días del hospital quedaron atrás y nuestras pláticas mañaneras se transformaron en lentas y prolongadas sobremesas, llenas de innumerables tazas de café. Una tarde sustituimos el café por un buen vino y Paulina enrollaba uno de sus inevitables cigarrillos de salvia. Yo contemplaba un poco distraída, las frágiles venas azulverdosas insinuadas bajo su piel como una geografía extraña y absurda. De pronto, sentí la necesidad de luchar por esa criatura melancólica que no tenía el valor de vivir. ¡Nunca como entonces deseé protegerla! Anhelé transmitirle mi orgullo, mi fuerza y verla marchar decidida al encuentro de sí misma.

Por ese tiempo me dediqué sólo a ella. Un día, empezó a erguirse como una espiga de trigo verde. Me convencí de que había visto también nuevos brotes en su alma. Tuve el convencimiento de haberle devuelto la fe en los demás. Ella tenía el simple gusto de ser, la capacidad de vibrar ante el diario milagro de pensar, de mirar, hablar, hacer el amor y otras mil cosas llenas de sensaciones renovadas y diferentes. Sin embargo, hoy he recibido esta nota escrita con su letra redonda y clara:

Mi querida Ana:

Debo darte las gracias por haberme devuelto a la vida. Todo cuanto haces es hermoso y puro. Crece en mis recuerdos tu risa fácil, tu palabra estremecida abriéndome nuevos universos. Pienso en ti y siento tus gestos llenos de esa ternura que aflora cuando guías las manos de tus pequeños párvulos, y tus lágrimas de aquella mañana cuando vimos a los niños ciegos salir de paseo. A través de ti comencé

a apreciar todo lo grande y también lo mínimo que la vida nos ofrece, como un regalo a cada instante. Me has dado la más intensa felicidad que le es posible conocer a un ser humano.

Mi constante búsqueda de amor me llevó a encontrarte, porque en ti se resume todo cuanto pude necesitar, y tu continuo prodigarte llenó mi mundo de luz. Eras tú todo lo que deseaba. Me trajiste la inmensa alegría de amarte, pero comprendí que este amor no podría ser compartido y renuncié a ti desde el principio. Perdóname. Mi huida no es tu fracaso sino una decisión inevitable y largamente meditada.

Paulina

Las lágrimas resbalaban silenciosas mientras mis ojos intentaban en vano distinguir el camino que conducía al apartamento donde vivía. Sola, sin tener aún plena conciencia de su muerte, me encuentro sumergida en la nostalgia. Pienso en ella mientras recorro las mismas calles que tantas veces caminamos juntas. ¡Qué lejana su risa! Intento inútilmente retener las líneas de su rostro que se esfuma en la nada. ¡Me es difícil pensar en sus complejos de niña, su eterna costumbre de comerse las uñas, su colección de elefantes! Quiero imaginarla palpitante y vital —como era en los últimos tiempos— rodeada de las cosas que amaba: su pueblito de barro pintado por Rigalt, las macetas con geranios de un rojo insultante, el vino y el pan, los caracoles enormes donde escuchaba el mar...

Cuando llegué ya no estaba. El cuerpo había sido entregado a su familia desde temprano y ahora recién habían comenzado los trámites del funeral. Tal vez fue mejor así. No verla y recordarla como había sido. Recordarla, por ejemplo, con el ceño levemente fruncido cuando me leía en voz alta los trópicos de Miller, vestida con sus viejos jeans descoloridos y el suéter rojo demasiado grande para sus hombros estrechos, con su largo cabello atado con sencillez sobre la nuca, y sus ojos siempre inundados de una vaga tristeza.

Mujer que sueña

Después del funeral de su padre, Isabel volvió a tener pesadillas con la misma alarmante recurrencia de cuando era niña. Sus sueños eran enredados, incomprensibles; en ellos se veía afanada limpiando sangre, restregando concienzudamente las paredes de un gran salón con una energía en la que podía adivinarse mucho temor, un miedo cervical. El abandono y el descuido de aquel lugar era lo que primero saltaba a la vista. Los muebles se encontraban en desorden amontonados en un rincón y protegidos por grandes lienzos de tela blanca; y daba la impresión de que la gente ya no estaba o que pronto se irían de allí.

Descalza, de rodillas —porque las salpicaduras de sangre en la pared estaban muy cerca del suelo— con la falda recogida entre las piernas para no mojarla, se veía a sí misma restregando con un gran cepillo que hundía cada cierto tiempo en el agua jabonosa y turbia de un balde, como si en esa tarea hubiera empeñado la vida. Las manchas de sangre que podían distinguirse con claridad sobre las paredes pintadas de un verde irreal, extraño, demasiado claro, iban perdiendo paulatinamente su color sin que Isabel cesara en su intento de limpiarlas para que recobraran su anterior apariencia inocente. De alguna extraña forma, en medio del sueño, ella recordaba que hasta hacía poco aquellos muros guardaban la intimidad de una familia en apariencia feliz. Sin embargo, la sangre terca, ya seca y de un rojo negruzco, era la evidencia de que algo grave había pasado en aquel lugar. Las manchas no cedían ante el cepillo. Isabel, única y solitaria espectadora, volvía a ver la cruel pelea, llena de saña, en la que dos gallos se habían desgarrado con las navajas atadas a los recios espolones, manchando las paredes con su sangre. Las brillantes plumas negras y ocre, algunas casi doradas, y las plumas de destellos azulados, confundían de nuevo sus colores en una danza mortal que a veces adquiría visos de un ritual macabro. Mientras, sus cabezas se alzaban ágiles, nerviosas, con los ojillos alerta y los picos listos a desgarrarse uno al otro bajo la intensa luz de una lámpara que por momentos parecía un sol abrasador.

Al despertar, agitada, sintiendo que había presenciado aquel espectáculo sangriento, el recuerdo del sueño la perseguía de tal manera que aún podía ver cómo los dos gallos, en medio de los estertores finales con las entrañas casi de fuera, hacían un último intento para acabar con el adversario. Isabel no se asustaba del todo, sólo esperaba que ese ser salvaje que habitaba en ella, estuviera adormecido.

Los malos sueños se sucedían unos a otros, atormentándola todas las semanas. A veces soñaba líquidos que se derramaban, mojándola, sin olor alguno, transparentes, y apenas un poco menos viscosos que la clara de huevo. La sensación de flotar en un mar cálido y manso iba asociada a las enormes cabezas de niños no nacidos que emergían de los líquidos, lo suficiente para que ella pudiera besarlos con ternura en los delicados párpados surcados por hilillos azules, que cubrían sus ojos cerrados. En otras ocasiones soñaba con un adolescente de facciones delicadas, pálido, flaco y bello. El color de sus ojos la hacía pensar en los reflejos ambarinos de la miel, y también en su dulzura. A Isabel esa mirada inocente y dulce le recordaba la de su propio hijo. Al acercarse hasta casi rozarla con su cuerpo, ella podía percibir el olor de su piel que mucho tenía aún de niño —la tersura, la falta de vello— le sugería más bien la de un ángel. Entonces, la criatura que imaginaba casi alada, con su voz de entonaciones aún indefinidas, la prevenía de no ir al baño porque allí estaba la madre.

Incrédula y miedosa, Isabel recorría el oscuro corredor hasta llegar al lugar prohibido. Al entrar, apenas lograba darse cuenta de lo empañada que estaba la puerta de vidrio de la ducha en su prisa por abrirla, pues sabía que adentro encontraría una respuesta. No imaginaba, sin embargo, descubrir a una mujer decapitada completamente vestida que contra toda lógica estaba de pie, y cuya cabeza con los cabellos empapados colgaba de una de sus propias manos. El agua de la ducha aún corría y también la sangre, en pequeños ríos, confundiéndose hasta formar charcos rojizos en el piso. Lo que más la

horrorizaba era no poder visualizar con claridad la escena, oculta por el velo de vapor provocado por el agua demasiado caliente, que no le permitía saber con certeza si esa mujer era su madre, o era ella misma. En medio de aquel caos se daba cuenta, como siempre, de que no se parecía en nada a la mujer que por deber —únicamente por su ineludible y tremendo sentido del deber— le había dado la vida.

¿Por qué, entonces, dudaba? ¿Por qué tenía esa angustiosa sensación de no saber quién era la mujer decapitada?